ADVERTENCIAS PRELIMINARES DEL TRADUCTOR.

Es, por lo general, molesto ó poco agradable á los lectores, al tomar una obra cualquiera entre sus manos, el tener luego que tropezar en eruditos y sentenciosos prólogos de su respectivo autor, quien de antemano se empeña en tender sus ingeniosas redes al incauto lector que apenas empieza á asomarse por aquellas páginas, tímido y recatado, como quien pisa un terreno desconocido, y que parece á cada paso hundirse bajo sus piés. Y no pocas veces sucede que aquél, en medio de su natural timidez y recato, recelando alguna de dichas emboscadas; dá un vigoroso salto, y de rondón colócase ufano al frente de la primera página útil de la obra que acertó á caer en sus manos, volviéndose, todavía, como dice Dante, al agua peligrosa que deja atrás, y remirándola como en cierto aire de triunfo. Yo, discreto lector, como no tengo redes ningunas de erudición que tenderte, ni sé de dichas emboscadas ó estrategias literarias; pongo hoy en tus manos, llana y sencillamente, una obra que por su importancia, su argumento, invención y dotes particulares que la adornan, no debo ni puedo de ninguna manera encarecértela; y ni yo estoy para entrar en profundas y serias disertaciones, ni tú tendrás paciencia tal vez para oír disertar á un desconocido amigo, que hoy, por vez primera se presenta, baja la frente, en el palenque literario, solicitando tu favor, no ya exigiéndote anticipadamente aplausos y homenajes que en ningún modo pudiera él merecer.

Tan sólo me ha parecido prudente y oportuno, si no te es molesto, hacerte algunas advertencias preliminares; no ya por creer que tú, como avisado y entendido que eres, puedas necesitarlas, sino porque, como te indicaba, pongo hoy á tu disposición una obra que no se ha modelado en los tan conocidos y comunes moldes de otras sin número

que andan por ese mundo literario como buscando árduas y peligrosas aventuras, unas veces recibiendo amistosas acogidas, vítores y ovaciones triunfales, y otras, reveses y tristes desengaños, ó maliciosos gracejos de los desocupados y juiciosos lectores.

Esta, que ahora toca humildemente á tus puertas, ya no tiene propiamente que hacer esa excursión peligrosa y aventurada por los anchurosos campos del mismo mundo literario. Ya la hizo en el pasado siglo, y su punto de partida fué la misma Europa, el antiguo pero nunca menguado foco de las ciencias, de las artes y de la literatura. Allí recorrió aulas, visitó academias, circuló por todos los estadíos del saber y de las letras y fué universalmente aplaudida, celebrada y encarecida con sublimes y encumbrados elogios por los más distinguidos literatos; en una palabra, se hizo su apoteosis, como tú mismo podrás verlo en los testimonios y documentos de jueces muy competentes en la materia, registrados en las páginas críticas de la presente, y que, por ser del todo extranjeros á la patria del Autor, son también muy fidedignos y acreedores á un pleno y absoluto crédito. Pero nuestro Poeta, el esclaracido Diego José Abad, cuya frente ceñían tan gloriosos laureles, conquistados en tantos triunfos, que ya con sus fulgores irradiaban también grandemente las páginas literarias de nuestros patrios anales; arrastrado insensiblemente por la imperiosa corriente de los siglos, se fué poco á poco deslizando, hasta que por fin rodó al silencio y olvido del sepulcro, cuyas tinieblas han envuelto tantos genios aunque habían medido sus conquistas con el mismo globo. Pues el idioma en que él escribió su inmortal poema, como algunos lo han llamado, fué también perdiendo poco á poco su general prestigio de que en las épocas pasadas disfrutaba, y abandonando más y más terreno, hasta que por fin tuvo que refugiarse á las estrechas aulas de academias y seminarios, donde únicamente se le siguieron tributando los dignos homenajes de que antes era objeto en todo el mundo ilustrado. Y así no es de extrañar que muchas egregias obras, escritas en el inmortal idioma de Cicerón y Virgilio, del renacimiento de la literatura cristiana á esta parte, estén casi del todo olvidadas y conocidas tan sólo por un corto números de eruditos muy adictos á este sublime idioma.

Deplorando yo, pues, la triste suerte que también le cupo á este poema y viendo sumergida en el polvo del olvido tan valioso trofeo de la Religión y de las patrias letras; se añadió á esto un vínculo sagrado con que me sentía fuertemente ligado con nuestro Poeta, ó sea, el reconocer como mía no sólo su misma patria, sino también la misma porción de ella en que se meció su esclarecida cuna. Razón que puesta al lado de los nobles intereses de la Religión y Patria, fué un poderosísimo resorte, una inviolable é imperiosa obligación que me impulsó á desentrañar un tan glorioso monumento del abismo oscuro en que ya se encontraba sumergido. Emprendí, pues, la versión del referido poema revistiéndolo del ropaje del idioma español sujeto al metro poético; y así, después de siete años de trabajo, tengo por fin el gusto de podértelo hoy presentar bajo esta nueva forma. Pero antes que departa contigo en buena armonía y familiaridad amistosa de algo tocante al plan y método que seguí en mi referida versión, me tomo la libertad nuevamente de fijar por unos momentos más tu comedida atención sobre el argumento en que estriba el texto original. Como luego saltará á tus ojos, aquél no podía tener mayor nobleza ni más encumbrada alcurnia, pues todo el poema (así lo seguiremos llamando hasta llegar al puente de la verdad) es un hermoso trasunto de lo que hay más perfecto y hermoso, que es el mismo Dios, fuente de toda perfección y hermosura. No podrá, pues, nunca faltar belleza á semejante argumento, y por consiguiente, poesía, por razón de que ésta es inseparable de aquella.

Se ha creído tal vez generalmente, (me perdonarás si hay en esto hipérbole) y aun así lo afirma Blair, que lo relativo á la Divinidad, por su misma elevación, gravedad y dignidad, no es un campo fecundo y ameno para la poesía. Es ciertamente de lamentar este juicio ó modo de pensar sin mucho juicio, originado de que tan vivamente hiere nuestros sentidos, los halaga, los embelesa el mundo material en que estamos istemente trsumergidos; que todo lo que se sobrepone á la materia y no adula las pasiones, nos parece casi inaccesible á los levantados y poderosos vuelos del espíritu, que cuantas veces quiere remontarse á las encumbradas regiones de la verdadera bondad y hermosura, se siente como arrastrada hácia el fondo por las fuertes y pesadísimas cadenas de la materia. Pero en fin, palpita dentro de nosotros mismos una substancia espiritual eminentemente superior á aquella, cuyos estrechos y estorbosos lazos puede romper generosamente: y entonces, ya dueña de sí misma y haciendo á un lado todos los halagos y hechizos de los sentidos; se holgará inmensamente en contemplar desde las altísimas cumbres de lo infinito la ruindad y pequeñez de todo lo creado. Pero como esta abstrac-

ción de los sentidos, este generoso y noble rompimiento con la materia, no es sino el producto de los contínuos esfuerzos y tendencias del espíritu que pone en juego sus nobilísimas potencias por desasirse del tosco involucro de lo terreno y perecedero y ejercer libremente sus vitales operaciones, que serán tanto más perfectas cuanto de aquella grosera masa se aparten más é independan; por esto, son tan pocos los que viven en esta contínua lucha por mantenerse siempre victoriosos. Por esto, se cuentan en tan corto número los que pueden realmente saborear las verdaderas delicias de lo sublime y de ese ideal puramente espiritual que han sabido formarse algunos grandes genios, y de que la misma Sagrada Escritura ha sido y será siempre el fecundísimo é inagotable manantial. Sin embargo, no quiero que entres en escrúpulos y angustias, francó y desahogado lector, y creas que yo pretendo servir en la mesa de tu buen criterio un manjar ajeno á la educación y gusto de tu bien enseñado paladar, pues no creo que tú seas de los que están privados de saborear esta clase de delicioso maná; cuanto más que para gustar las bellezas de una obra como la que tienes á tu alcance, basta cerrar un poco los ojos al mundo material que nos rodea y dejar al espíritu que desplegue libremente su noble actividad, y haga por remontarse hácia aquellas regiones en donde está su legítima patria, su verdadero centro de atracción. Otra causa también se me rebulle acá adentro con que explicar por qué tan pocos poetas se hayan dedicado á este sublime género de literatura. En efecto, los argumentos tomados de estas increadas fuentes de la Divinidad, aunque, como decíamos, son también los más puros manantiales de poesía; presentan, sin embargo, ásperos y aun malignos escollos al poeta que en debil y tímida barquilla osa afrontar este inmenso oceano. En verdad, las reglas de la estética, aplicables á esta clase de argumentos, son tal vez más que en ningún otro asunto, árduas y difíciles; y si el poeta no mide bien el terreno, y examina todos los puntos de vista bajo los cuales lo ha de subyugar al fecundo arado de la misma estética: sus trabajos serán estériles é infructuosos, y resultará en efecto lo que comunmente se cree acerca de semejante género de poesía. No es, pues, raro que pocos se hayan resuelto á cultivarlo, y desafiar las serias dificultades con que se presenta: pero una vez vencidas éstas, se habrá dado con el secreto de la verdadera alquimia de la poesía; y el entendimiento, ya desembargado de viles cuidados, encontrará allí un torrente de las más puras

é inefables delicias, que dichas bellezas, presentadas de un modo propio y adecuado, le sabrán proporcionar. Pero ya me supongo, prudente lector, que allá, entre dientes, empiezas á querer menear la lengua como en actitud de murmurar algo, que por prudente que eres, no te resuelves á sacarlo á fuera, tal vez maliciando que éstas que llamé *advertencias*, están ya por dispararse, y salvar los diques que les había fijado, impacientes por retozar en el espacioso campo de los prólogos: ténme otro poco de paciencia, y por fin, sin molestarte mucho, pondré freno á mis palabras antes que empiecen á querer levantar más alto el vuelo. Una sola cosa añadiré sobre el punto que, de común acuerdo, vamos tocando, y de esta manera quedes enteramente prevenido, en cuanto yo pueda, sobre el modo con que te has de entrar por este no trillado sendero que ya está abierto á tu vista, á través de las páginas de este libro. Además de lo que arriba te indicaba respecto de su argumento, encontrarás también un trasunto de lo más grande y sublime que encierra nuestra Religión en sus sacrosantos dogmas: aquella Religión cuyos ecos tan dulces tantas veces han resonado en tus oídos, desde que empezabas á desatar tus balbucientes labios, haciendo también vibrar en tu corazón las más suaves emociones; aquella Religión, consuelo único que endulza las lentas horas de nuestra existencia, esa misma Religión sin la cual el mundo sería un áspero erial, un árido y espantoso desierto, un abismo sin fondo, un mar tempestuoso sin puertos, una espesísima profunda noche en que jamás un astro bienhechor ha hecho penetrar un trémulo rayo de su luz.

Verás, pues, aquí campear los sublimes dogmas de esta sacrosanta Religión expuestos con aquella gravedad y magestad que á un asunto tan elevado convenía, y al mismo tiempo revestidos del brillante y delicado atavío de una verdadera y noble poesía. Sin embargo, no quiero que vayas á creer que este campo que te preparas á recorrer, esté todo cruzado de fuentes y cristalinos arroyuelos, y alfombrado en toda su extensión por las más vistosas y rozagantes flores. Mas de una vez te parecerá que en estos cantos la poesía abate sus majestuosos vuelos, y que después de haber cruzado tú por un amenísimo sendero todo cuajado de la rica pedrería con que la naturaleza sabe adornarse siempre que quiere presentarse en traje de gala; cuando el trinar de las aves, el murmullo de las fuentes, el susurro de los árboles acariciados por el zéfiro, y el embalsamado perfume del ambiente embriagaban y embelezaban

tus sentidos: te encuentras de improviso en una árida, dilatada y monótona llanura, en que apenas uno que otro raquítico arbusto suelta al viento sn despoblada cabellera, como queriendo romper aquella uniforme y lánguida perspectiva. En efecto, para no dar lugar á engaños, te hago saber, piadoso y bien intencionado lector, que los cantos de este poema no constituyen un trabajo meramente académico y exclusivamente literario. Unas veces la poesía hace oír los más dulces y armoniosos concentos; otras parece que la Teología, presentándose con su sencillo y modesto, pero majestuoso ropaje, le quita la palabra de la boca, y empieza á hablar en tono grave y sentencioso; aquella canta deleitando, ésta habla enseñando: de lo que colegirás que la presente podrá llamarse una obra poético-religiosa, y que tiene también mucho á mi modo de ver, del género didáctico. Y á la verdad, nuestro Poeta no nos pinta únicamente á la Religión como una hermosísima y gallarda doncella, coronada de jazmines y azahares, y con los ojos y las manos levantadas hacía el cielo como en actitud de emprender el vuelo; sino también como un fuerte guerrero todo empavesado y encerrado en su impenetrable y brillante armadura, pronto siempre á rechazar las terribles embestidas del incansable enemigo con quien vive siempre en áspera y reñida batalla. Ni podía ser de otra manera; pues las altas miras del Autor de estos cantos, como él mismo te lo indica en su preludio, fueron proporcionarle un consuelo y lenitivo á nuestra augusta Religión, tan ultrajada, tan zaherida con toda clase de afrentas y baldones, sobre todo en los tiempos en que dichos cantos se escribían, cuando el arrogante escuadrón de los *Filósofos* levantaba su viperina frente, retando al mismo cielo y á todo lo más santo y venerable. Y para combatir el inspirado Poeta en igual terreno, puesto que aquellos trataban de deslumbrar al incauto vulgo con los artificios de un empalagoso y mal condimentado estilo; se valió el laureado polemista de las ricas galas, del brillante atavío de una verdadera poesía, escudada también por las invencibles armas de la palabra divina con que nuestra divina Religión, se pone al cubierto de los ataques de sus más encarnizados enemigos; y así resultó de esta obra una verdadera y elegantísima apología. De este modo cumple ella, al pié de la letra, con las dotes y requisitos que ha de llevar una obra literaria, según Horacio, para que sea aplaudida, y todas las puertas se le franqueen, ó sea, que á lo útil mezcle lo agradable: *omne tulit punctum qui miscuit utile dulci.* Y en verdad, la presente, cuyas páginas vas á hojear por vez primera, no sólo recrea el entendimiento con las sublimes bellezas que encierra, sino que también lo instruye admirablemente, formándolo en una verdadera y sólida doctrina, y moviendo al mismo tiempo los resortes de la voluntad á abrazar los inmensos bienes que ahí se le proponen. Pero si bien te pones á examinar ésto, reposado y siempre atento lector, caerás en la cuenta de que esas mismas alternativas de estilo que en este poema campean, esas transiciones casi contínuas de lo sublime á lo humilde, de lo majestuoso é imponente á lo sencillo y apacible, le imprimen á todo el cuadro un carácter de agradable y vistosa variedad. Y esto fácilmente te lo explicarás, sabiendo muy bien, como en efecto sabes, que el sorprendente conjunto de bellezas que admiramos en la naturaleza, es también un sorprendente conjunto de infinitas variedades. Haremos esto más palpable: finje por unos momentos que tus ojos van á posarse constantemente en arrogantes y soberbias montañas que parecen en contínuo desafío con los mismos astros; en corpulentos árboles que semejan estar siempre en lucha contra los siglos, formando espesas é impenetrables selvas como otras tantas barreras á los rayos del sol; que atruenan por todas partes tus oídos, violentos y caudalosos ríos, que entre el fragor del trueno, entre iras y amenazas, y envueltos en nubes de blanquísima espuma, se despeñan furiosos por altísimas y escarpadas cimas, y van á sepultarse y perderse en los abismos: en una palabra, que tus sentidos se encuentran contínuamente fascinados por las más grandes maravillas que la naturaleza ostenta en cualquier género de su inmenso é inagotable reino: todo aquel maravilloso cuadro por de pronto te embelesaría, te arrebataría, te llenaría del más hondo estupor; pero insensiblemente iría también desapareciendo de tu mente la idea de belleza, compañera inseparable de su hermana la variedad. Así, pues, la naturaleza, artífice eminente en todas sus obras, al frente de la altísima y arrogante montaña, colocó la sencilla y humilde colina, al lado del impetuoso torrente, el manso arroyuelo, que con tímida y recatada planta, se desliza entre menudas guijas, y á la sombra del secular y corpulento cedro, el raquítico arbusto, que apenas se asoma sobre el haz de un exhuberante suelo; y para hablar con más brevedad: ese hermoso desórden de la naturaleza, esa contínua mezcla de lo grande con lo pequeño, de lo arrogante con lo humilde, de lo imponente con lo apacible, viene á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

formar ese sublime y armonioso conjunto de bellezas, que podremos sí admirar, pero nunca entender y explicar. Esta misma variedad debe reinar en una obra literaria, sobre todo del género de la presente, cuyo argumento, en cierta manera, exigía tales y cuales *intencionales* descuidos, ciertos desaliños en la forma, como el mismo Autor te lo advierte en su prólogo sencillamente.

Voy ahora á responder á una pregunta ó duda que alcanzo á entrever quiere asomarse por tus labios; y me supongo que ha de ser, si mal no adivino, á qué género de poesía se podrá sujetar el que hemos llamado hasta aquí *poema* y qué nombre se le adecúe y le venga bien. Muy justa y puesta en razón es tu duda, y en efecto este punto se ha controvertido entre los varios biógrafos que se han ocupado de nuestro Autor y de su obra. ¿Se le podrá llamar *poema* á la presente? He aquí el puente *de la verdad*, al que ambos, según te avisé, tendríamos que llegar *calamo currente*. Vamos, pues, á decir la verdad para salir ilesos de aquí. Algunos, en efecto, han dado este nombre á la que tienes en tus manos, calificándola de *divino é inmortal poema;* pero si se consideran más atentamente las condiciones y requisitos de este género de poesía, no se le podrá tal vez acomodar con toda propiedad el referido nombre, sino en algún sentido menos riguroso. Y esta misma es la opinión del Señor Pimentel, en su obra intitulada: *Ensayo crítico de la literatura mexicana*, á quien pareció, deberse más bien llamar: *Odas sagradas*, los cantos de que se compone la obra de nuestro Poeta. Ahora sí tú me preguntas mi opinión sobre este punto, consecuente lector, te la expondré en pocas palabras, *salvo meliori judicio*, y te pido de antemano tu perdón si no dí en el blanco. Yo, después de algún tiempo y maduro exámen de la índole de la obra y principalmente de su título latino, *De Deo Deoque Homine, Heróica;* y aun atreviéndome á entrarme á hurtadillas por la mente del Autor; creí poder deducir de una y otra investigación, que el nombre que debía adaptársele mejor á su obra, es el de *Cantos épicos á la Divinidad y Humanidad de Dios*. En efecto, las palabras *heróica carmina*, quieren decir: *cantos escritos en exámetros latinos*, y pues este metro lo han usado los antiguos poetas griegos y latinos para argumentos grandiosos, y cantar hazañas heróicas; y por otra parte nuestro Poeta dá á entender en su prólogo, que el fin que se propuso, fué encerrar en el estilo épico, lo más augusto de la Divinidad y de la Cristiana Religión; creí sin vacilar haber

dado con el secreto, y el referido título es el que figura en mi versión.

Por último, y en verdad te prometo que será lo último; habiendo ya entrado en el terreno que más de cerca me pertenece, te suplico me prestes otro poco de atención, y acabaremos amigos como empezamos. Algunos pequeños escrupulillos que se te puedan pasear por la mente al empezar ya ésta lectura, quiero prevenírtelos. Me preguntarás, qué texto ó qué original tuve á la vista, de que servirme para mi versión, y qué clase de plan, método ó estilo seguí en ella. Respecto del original latino, tengo tan solo que decirte que me serví de la tercera edición hecha el año de 1780 en Cesena de Italia, y que de esta misma tomé la biografía, juicios críticos y lo demás que en las páginas accesorias figura, traducido todo del latín. El metro que adopté en mi versión, no fué ninguno en particular, pues me valí del metro variado, predominando el de la oda y el llamado *silva;* pero el último canto de la I parte y el penúltimo de la II, no están rimados, sino en versos endecasílabos libres para evitar en parte, la monotonía de la rima, por lo que también hice á un lado las octavas reales, aunque parecen más propias para asuntos levantados; y en fin, esto es cosa de gustos y de tiempos y circunstancias. En cuanto al plan y método que al traducir seguí, tan sólo tengo que indicarte, ó más bien confesarte ingenuamente, que prefiriendo se me llamara traidor al mismo original, que derrochador de sus bellezas; mi versión resultó no muy literal y algunas veces aun semi-parafrástica. Esto me pareció casi necesario en una obra de esta naturaleza, por razón de los cambios de estilo é intencionales desaliños de que arriba hablábamos, que aunque en el texto original, atendiendo al idioma latino, y á la mente del Autor, puedan venir como de molde, no lo creí así respecto de mi faena. Ni fué tampoco mi intención hacer una especie de trabajo de laboriosa industria y como mecánico, ni que mi versión se llevara la palma de muy fiel y escrupulosa, sino procurar que el original no perdiera ninguna de sus bellezas, y si posible fuera, presentarlas de cierto relieve, sobre todo, en aquellos pasajes en que el Poeta, atendiendo más bien á la verdad de la idea y al asunto que lo dominaba; unas las dejó como á medio asomarse, y otras casi en embrión: pero nunca intenté apartarme de la mente del Autor, sino más bien explicarla y como aclararla en los referidos pasajes. Si hice bien ó mal, si conseguí mi fin ó me desvié de él, lo remito al tribunal de mi benigno lector, quien según juzgo,

es muy equitativo, y más bien querrá pecar por exceso de bondad, que por sobra de rigor y austereza, y por consiguiente, creo haberme arrimado á buen árbol. Si acaso extrañares la falta del canto XVIII de la II parte en esta versión, te suplico no te vayas luego de espaldas, y desde ahora te hago saber que lo omití por razón de que todo él es una especie de extracto de los escasos conocimientos que en las ciencias naturales poseía el siglo de nuestro Autor, quien en dicho canto pondera como grandes inventos, cosas que en éste nuestro que parece haberle arrancado todos sus secretos á la naturaleza, se ven ya con cierta indiferencia que casi raya en desprecio. Quizá más tarde pueda obsequiar á mi lector presentándole el mismo canto acomodado á los maravillosos y principales inventos de nuestro siglo, siguiendo fielmente las huellas de nuestro poeta é imitando su estilo en cuanto me sea posible, y así resulte tal vez un trabajo de más actualidad y oportunidad. Por ahora me disculpo con aquello de Horacio en su arte poética: *et quae desperat tractata nitescere posse, relinquit.* Podía hacerte algunas otras observaciones, que omitirlas aquí es bello y prudente, así como en otras circunstancias sería el sacarlas del tintero, donde por ahora, las dejaremos sin meneallas.

Si cumplí con mi palabra dada de no prologar, lo celebro demasiado, si algo me extralimité, te pido mil perdones; y termino despidiéndome de tí muy cordialmente, y muy satisfecho á la vez, por dejar en tus manos esta preciosa joya, desenterrada ya de la obscura y olvidada huesa en que yacía.

Zamora, 4 de Septiembre de 1895.

DISCURSO PRELIMINAR

POR E. F.

A la muy floreciente juventud mexicana.[1]

CUANDO SALIO A LUZ LA TERCERA EDICION LATINA, PUBLICADA EN CESENA EL AÑO DE 1780.[2]

Hé aquí, jóvenes distinguidísimos, de regreso entre vosotros, casi después de trece años, á vuestro esclarecido Diego José Abad, que vivirá eternamente en vuestra memoria. Aquel Abad mismo, en quien por diez enteros años, habeis tenido un tan insigne maestro en los estudios de Humanidades, Filosofía, Teología, y ambos Derechos: para que, bajo su sábia dirección formados, y colocados después en los más altos puestos; pudiérais ser ahora un brillante ornamento de nuestra ciudad y de vuestra Patria dulcísima. Aquel Abad, digo, erudito y sublime, cobijado al nacer, por un cielo tan sereno y benigno, bajo el cual bosquejó, esta nobilísima obra; la que habiendo ahí casi concluido, y después en Italia enriquecido y cincelado con mucho esmero, dió finalmente á luz, entre universales aplausos, quedando así, su nombre consagrado á la inmortalidad. El mismo Abad, que viendo cada día más y más impugnados las Dogmas santísimos de Cristo con la mayor audacia, con todo género de artificios, por aquella turba fementida de los que arrogándose al nombre de *Filósofos*, de la manera

1 Creí oportuno y grato al lector mexicano este discurso preliminar que figura en la tercera edición latina, porque realza mucho las glorias de nuestra patria. Es de lamentarse que su autor no haya puesto sino las iniciales de su nombre que por consiguiente queda oculto. Probablemente es el mismo autor de la biografía del Poeta, que á continuación publico. Los grandes elogios con que él es encomiado en éstas y en las siguientes páginas, podrán parecer algo recargados de colorido: pero adviértase que en boca de un extranjero merecen pleno crédito, y en efecto, todos estos documentos fehacientes nos dan á entender el concepto que de nuestro Poeta se tenía entre los literatos Europeos. Su autor, según se hecha de ver en las últimas palabras de este discurso, fué alguno de los insignes literatos de la Academia de Bolonia, amigo del Poeta.

2 Traducción del original latino.